

entonces, orando, llorando y buscando por todas partes á ese guía misterioso, confiando encontrarle á cada instante, y volviendo desolada, abatida, próxima á desanimarse á cada paso inútil de los muchos que daba.

De este modo crecía su inquietud con sus infructuosas diligencias; y como dice uno de sus biógrafos, importunaba al cielo con sus gritos ó clamores (1). Un día que había ido á Nuestra Señora d'Etang (es una capilla de la Santísima Virgen, edificada en la falda de una montaña escarpada, distante dos leguas de Dijón, y célebre en toda Borgoña), encontró allí un religioso mínimo, que por devoción había ido á decir Misa, en compañía de algunas señoras piadosas de la ciudad. Como la señora de Chantal tenía ya gran reputación de virtud, se la acercaron estas señoras, y principió entre todas una de esas piadosas conversaciones, que nacen por sí mismas en estas peregrinaciones. Entre otras cosas, se habló de directores y direcciones; y sea que la señora de Chantal, preocupada siempre con sus deseos, hubiese traído la conversación á este terreno, ó que hubiese venido por sí misma, como sucede á menudo entre personas devotas, lo cierto es que aquellas buenas señoras, á quienes dirigía el mencionado religioso, hicieron tantos elogios de su dirección que la señora de Chantal concibió la idea de abrirle su corazón. Vió claramente á la primera ojeada que no era el que se le había manifestado, y de quien se le había dicho: «Este es el guía fiel, en cuyas manos descansará tu conciencia.» Pero por una parte sus tentaciones se aumentaban de tal modo, que la parecía imposible pasar más tiempo sin la ayuda de un director; por otra, tenía á ratos mil temores de que la imagen que se la había aparecido en su visión de Bourbilly fuese una ilusión, ó tal vez un artificio del enemigo para impedirle tomase un guía, sin

(1) *Vida de la Madre de Chantal*, por el P. Fichet, cap. VIII.

el cual era evidente que no podía adelantar. En esta angustiosa duda, después de haber pesado con madurez todas las cosas y orado fervorosamente, mandó á preguntar al religioso si gustaría de oirla. La respuesta fué venir después de la Misa para hablarla, y en esta capilla de Nuestra Señora d'Etang principió para la señora de Chantal una nueva y cruel prueba, destinada á inflamar más y más en su corazón el deseo de un director, para que cuando Dios la diese á San Francisco de Sales apreciase en su valor y amase de corazón la dulzura, la moderación, prudencia y sabia lentitud de este grande Obispo.

Aquel religioso, cuya dirección poco inteligente debía hacer sufrir tanto á la señora de Chantal en dos años y medio, era, no obstante, piadoso y docto. Todos los contemporáneos lo afirman, y el mismo Santo Obispo de Ginebra habla con elogio del bien que hacía en Dijón (1). Pero puede suceder muy bien que, por un designio particular de Dios, un director que para ciertas almas tenga grandes luces, no las tenga para la dirección de otras, y realmente esto es lo que sucedió. En cuanto este religioso oyó á la señora de Chantal, viéndola devorada del ansia de mortificaciones corporales, en lugar de contenerla aflojó la rienda en algún modo, y la permitió ayunos, disciplinas, levantarse á media noche, cosas todas de que estaba casi imposibilitada, en el estado de debilidad á que la habían reducido la muerte de su marido, los dolores de su corazón y el afán é inquietud de conciencia que siguieron á su terrible aflicción. Al mismo tiempo, admirado del ardor y actividad de esta alma, la impuso gran número de ora-

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, cap. XI.—Maupas, *Vida de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal*, cap. XI. Una y otro aseguran que era docto y virtuoso.—*Cartas de San Francisco de Sales*. Véase la del 14 de Junio de 1604.—*Vida compendiada*, por Bussy-Rabutin. «Este director hombre por otra parte lleno de virtud.»

ciones, meditaciones y prácticas laboriosas, ejercicios largos y de mucha aplicación, que cansaban su cabeza y fatigaban su espíritu. Esto era aumentar falta sobre falta; y sin duda, ó este religioso no conoció el carácter de la señora de Chantal, ó había olvidado uno de los principios fundamentales de la dirección de las almas. A las flojas y cobardes conviene excitarlas y espolearlas con estos medios. Las ardientes é impetuosas deben, por el contrario, por medio de una dirección dulce, irse sosegando, tranquilizando y pacificando, dejando poco á poco esa multitud de ejercicios que las agitan sin adelantarlas: principio esencial y de los más profundos que veremos conocía y practicaba excelentemente San Francisco de Sales.

Imposible era que no sufriese mucho Santa Juana Francisca caminando por senda tan opuesta á su carácter. ¿Tuvo tal vez, desde luego, un aumento de temores é inquietudes? ¿Vió tal vez su director asomar en la penitente el deseo de dejar su dirección, sintiendo haberla aceptado? Sea lo que quiera, viéndola siempre agitada, y persuadido de que sólo la obediencia podía poner término á turbaciones cuya causa ignoraba, exigió hiciese cuatro votos: el primero, de obedecerle; el segundo, de guardar un secreto inviolable sobre todo lo que él la dijera; el tercero, no dejarle nunca, y el cuarto, no hablar jamás de su interior sino con él. Los historiadores, lacónicos en este asunto, parece indican que exigió al mismo tiempo estos cuatro votos y el mismo día en que la vió por primera vez; pero esto no es probable: lo más natural es que los exigiese después y sucesivamente, reforzando, digámoslo así, los unos con los otros, á la manera de los nudos, que se aprietan más cada vez que el que está atado con ellos hace un esfuerzo para desatarse.

Seguramente no había en todo esto ni medida, ni prudencia, ni conocimiento del carácter de la señora de

Chantal, ni apreciación exacta de las circunstancias en que se encontraba, ni de las penas que eran su consecuencia. Guardémonos, no obstante, de no ver en esta dirección singular más que debilidad é ignorancia humana, porque la mano de Dios es la que lo dirige todo. Revelará al instante á San Francisco de Sales la verdadera senda propia para Santa Juana Francisca, pero permite primero que los ojos de su director estén cubiertos como con un velo, á fin de que pase por medio de las tinieblas y ansiedades, preparándose de este modo á la gran dirección que la reservaba: este es el juicio que hizo algún tiempo después el Santo Obispo de Ginebra. «Dios fué—dice escribiendo á la señora de Chantal—quien os embarcó en la primera dirección, propia y muy buena para vos en aquel tiempo (1).» Santa Teresa, que se había visto sometida á una prueba muy semejante, como hemos dicho, juzgaba lo mismo en este asunto. «Ahora conozco—dice escribiendo en sus últimos años—que la mano de Dios se oculta alguna vez, y que fué una conducta particular de nuestro Señor que no encontrase en dieciocho años un maestro espiritual (2).» En efecto, no lo olvidemos: en el gobierno de ciertas almas, Dios es quien las envía directores, y el que algunas veces permite que no los encuentren; y en uno y otro caso, su conducta, bien comprendida, es digna de admiración.

La señora de Chantal pasó dos años y algunos meses bajo esta dirección tan poco conveniente, sufriendo mucho, siempre inquieta, atormentada bajo todos aspectos, pero resignada, obediente y como una humilde oveja, tan sumisa y respetuosa, que no hubiera querido faltar ni en una letra á lo que se le mandaba; aprendió en esta severa escuela á desasirse de sí misma y á no

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 14 de Octubre de 1604.

(2) *Obras de Santa Teresa*, traducidas de los manuscritos originales por el P. Rouix, tomo I, págs. 43 y 44.

buscar ni querer sino la adorable voluntad de Dios. Al terminar esta prueba, la encontraremos renovada y más fuerte, mejor dispuesta para aprovecharse de la dirección de San Francisco de Sales. ¡Tanta verdad es que todo sirve y todo se vuelve en bien para las almas que aman á Dios! En tanto, llegaron las vacaciones del Parlamento de Borgoña, y el Presidente Fremiot, según su costumbre, iba á pasar algunos días en Thotes (1), en Auxois; la señora de Chantal partió con su padre y se volvió á Bourbilly, adonde, por otra parte, la llamaban sus asuntos, la cosecha que concluía y las vendimias que se preparaban. Esta inconsolable viuda no pudo volver á ver los lugares testigos de sus gozos y de sus penas sin derramar torrentes de lágrimas; y su inclinación hacia una vida más santa se aumentó en la soledad, junto con el deseo, cada vez más vivo, de encontrar por fin un director. Un día que en la capilla del castillo de Bourbilly derramaba su alma en presencia de una imagen de la Santísima Virgen, y pedía al Señor la hiciese conocer su voluntad, de repente, y en el momento en que oraba con más fervor, se vió rodeada de una multitud innumerable de vírgenes y viudas, y oyó una voz del cielo que la dijo: «Esta es la generación que te daré á ti y á mi fiel siervo; generación casta y escogida, y que quiero que sea santa.» Nada comprendió la señora de Chantal de esta visión, pero se quedó dulcemente impresa en su memoria, y durante algún tiempo suavizó la amargura de sus penas (2).

En estas circunstancias recibió una carta, que no pudo leer sin oprimírsele el corazón. Su suegro el Ba-

(1) Thotes y Bourbilly eran dos castillos cuyos territorios casi confinaban.

(2) La misma Santa Juana Francisca cuenta este hecho en sus *Memorias inéditas*. Muchos testigos lo afirmaron bajo la fe del juramento. Véase, entre otras, la declaración de Claudio Luis Diguier, Prior del monasterio de Talloires. *Proceso de canonización*, tomo II, pág. 24.

rón de Chantal, que vivía en el castillo de Monthelón, á una legua de Autun, la escribía diciendole que estaba muy viejo y que quería fuese á vivir con él.

La señora de Chantal, que conocía el carácter del anciano Barón, los desórdenes de su casa y los mayores aún de su conducta, comprendió al instante toda la amargura del cáliz que tendría que beber; pero la esperanza del bien que podía hacerle, desviándole del mal y preparándole á una cristiana muerte, la hizo vencer su repugnancia y disgusto. «Así—dice un antiguo biógrafo,—no titubeó. Recibió como por obediencia el mandato de su suegro, y tomando esta cruz la puso sobre su corazón, y fué á vivir á su casa con sus cuatro hijos para sufrir allí un purgatorio de casi siete años y medio (1).

Los últimos días que pasó en Bourbilly fueron señalados con actos de caridad que los habitantes no han olvidado todavía y que afirmaron bajo juramento cuando el proceso de canonización. «En los días en que la señora de Chantal se preparaba á salir de Bourbilly para ir á Monthelón—dice uno de los testigos—hizo distribuir antes de su partida todo el grano y comestibles que había en el castillo á los pobres de la aldea. En los mismos días, tres huérfanas pobres del pueblo de Corcelles, llamadas las Foulardas, vinieron á buscar á la Baronesa para que les diese limosna, y á causa del excesivo rigor del frío tuvieron que pararse en el camino; lo que sabido por nuestra Santa envió á buscarlas, y habiendo llegado, cuidó de dejar á dos colocadas antes de su marcha de Bourbilly, y se llevó en su coche á la tercera.» «A la salida de dicha señora—dicen otros dos testigos—había un gran número de pobres, tanto viudas como huérfanos y otros miserables, que lloraban y gemían de un modo que daba lástima, siguiendo

(1) Mr. de Maupas: *Vida de la venerable Madre Chantal*, pág. 40.

do su carruaje, y diciendo que perdían á su buena madre (1). »

La perdían, en efecto, porque después ya no volvió á vivir en Bourbilly la señora de Chantal. Volvió algunas veces para velar por las cosechas y vendimias, pero sólo de paso y rápidamente, habiendo transmitido la propiedad á su hijo y después á su nieta la señorita de Chantal, que, ya casada con el Marqués de Sevigné, vino á conocer su castillo y dependencias, que le parecieron poco amenas; de suerte que, como decía con su viveza ordinaria, *rara vez iba á fastidiarse á Bourbilly* (2). Poco á poco fué saliendo el castillo del dominio de la familia y quedando inhabitable. Los grandes árboles del paseo, que la Marquesa de Sevigné había hecho arreglar y limpiar, desaparecieron, las torres se cayeron, los fosos se llenaron de escombros, y el río, impedido en su curso, se retiró de los muros del castillo. Felizmente, entre la vida de los Santos y los lugares predestinados para morada suya hay armonías que sobreviven á los estragos mismos del tiempo.

Quando al salir de Semur se andan dos ó tres horas por las llanuras ricas y monótonas del Auxois, aparece de repente, en una sinuosidad profunda del terreno que nada prometía, una pradera poco extensa, fértil, de aspecto dulce y melancólico, y en ella las ruinas de un antiguo castillo. Es Bourbilly. Todo á su alrededor está tranquilo y silencioso; apenas se oye el murmullo monótono del río que se aleja. Un círculo de montecillos poco elevados, pero cubiertos de bosques, envuelve al vallecillo en una cortina verde, aumentando así su silencioso aspecto. Al verle se piensa que este lugar está preparado por Dios mismo para las puras alegrías de un amor casto y cristiano; uno de esos dulces nidos

(1) *Proceso de canonización.* Declaración de los habitantes de Bourbilly.

(2) Carta de la Marquesa de Sevigné á Bussy-Rabutin.

de que habla San Francisco de Sales, cerrados hacia la tierra y con sólo una abertura que da vista al cielo. ¡Soledad expresamente hecha para olvidar el mundo en los días de grande y feliz amor ó para llorar libremente en los de gran dolor!

Dos edificios paralelos y desunidos, restos del castillo, están aún en pie en el centro del valle. Uno de ellos tiene una ancha ventana gótica al estilo del siglo XIV, desprovista de vidrios, y por entre sus barrotes quebrados se ven gavillas de trigo amontonadas; esta es la capilla. En el otro edificio, de estilo menos antiguo, se ven habitaciones con sus artesonados de flores, adornadas con grandes chimeneas, en las cuales brillan las armas y blasones de los dueños; aquí habitó nuestra Santa durante los ocho años que fué la dulce compañera del Barón de Chantal. En el piso bajo, las cocinas y cuartos grandes, donde trabajaba con sus criados y recibía á los pobres; la antigua escalera, cuyos escalones, hoy desunidos, subió y bajó tantas veces, y delante de la puerta algunas grandes encinas, á cuya sombra, como en otro tiempo San Bernardo, gustaba de pasearse sola, teniendo el cuerpo en la tierra y el espíritu en el cielo. Sólo un cristiano puede imaginar el encanto inefable que siente el alma al recorrer los lugares en que han vivido los Santos, y que hace creer está uno más cerca de esos seres sublimes; porque como las flores comunican su perfume á todo lo que tocan, así parece que han dejado los Santos algo de sí mismos en los lugares donde nacieron y habitaron.

Puede ser ilusión, pero es cierto que instintivamente se piensa en que desde el cielo nos sonríen los Bienaventurados, mientras recorremos amorosamente las ruinas de sus terrestres habitaciones, atribuyendo á sus celestiales miradas las dulces emociones de que el alma se siente llena.